

Vida Comunitaria y Compañía de Jesús

*José Ma. Tojeira, sj.**

Introducción

En la Congregación General 34 había inquietud por la situación de nuestras comunidades locales. Para algunos el intento de reorientar nuestra vida comunitaria era cuestión de *"vida o muerte"*. Sin embargo, el borrador presentado por la Comisión correspondiente no satisfacía a los congregados. Otra Comisión, la que trataba el tema del liderazgo en la Compañía decidió finalmente no decir nada sobre el Superior local, tema éste de verdadera importancia al tratar de estilos comunitarios en la Compañía. Al final prevaleció la idea de que se lleve a cabo un examen de nuestra práctica del Decreto 11 de la C.G. 32 (CG 34, 1, 10).

El origen de la inquietud por la vida comunitaria aparece definido ya en parte en la CG 32. Al ser universal la misión de la Compañía, la *"gran variedad social y cultural de nuestro mundo"* le ocasiona *"una muy amplia dispersión de hombres y ministerios"* (CG 32, 11, 4). Al mismo tiempo los jesuitas provienen hoy *"de ambientes sociales y culturales mucho más diversificados que en el pasado"* (CG 32, 11, 16). Y a ello se le añade el influjo de la mentalidad moderna que *"carga más el acento en la libertad individual que en la subordinación de los individuos al grupo"* (Ibíd.). Es evidente que esta conciencia respondía a la problemática de una época que en muchos aspectos continúa presente.

* Rector UCA. El Salvador

Los cambios producidos en la Iglesia tras el Concilio Vaticano II afectan también a un estilo comunitario clásico de la Compañía, algo teñido de elementos monásticos. La desaparición de esos elementos no fue seguida, en general, por la creación de nuevos modelos comunitarios que contribuyeran a la vivencia específicamente jesuítica de la comunidad.

La CG 34 recoge en sus discusiones estas inquietudes y las refuerza con otras preocupaciones. De hecho, la insistencia en que la comunidad jesuítica debe vivir en pobreza y ser testimonio de sencillez evangélica respondía al sentir de muchos congregados que pensaban que la Compañía está debilitada por un cierto espíritu aburguesado y comodón, característico de nuestra época. Sin embargo, como decíamos, no hubo ningún decreto que tratara propiamente el tema comunitario. Estas se distribuyen a lo largo de varios decretos y, más específicamente, de las Normas Complementarias.

Ante esto trataremos de resumir lo que la CG 34 nos dice en sus documentos en torno al estilo propio de la vida comunitaria en la Compañía de Jesús. Para ello puede ser iluminador hacer unas breves incursiones previas en el pensamiento de San Ignacio y en la reflexión de la CG 32. Por tratarse de un tipo de comunidad especial dentro de la Compañía, no haremos mayor alusión a la vida comunitaria durante los períodos de formación. Únicamente entresacaremos de las palabras dedicadas por Ignacio a la formación algunos datos que nos reflejen su idea, en general, sobre las comunidades apostólicas.

El Pensamiento de San Ignacio

1. La Fórmula del Instituto

Verdadero documento fundacional de la Compañía y ley fundamental de la misma, la Fórmula no ofrece un modelo concreto de comunidad religiosa. Lo más parecido a una regulación de las relaciones comunitarias se observa en el número 3 de la Fórmula al hablar del voto de obediencia. Se presenta ahí un esquema en el que la autoridad pretende sobre todo servir y la obediencia se convierte en una manifestación de amor. Al Superior se le pide que *"en su gobierno acuérdesse siempre de la benignidad, mansedumbre y caridad de Cristo y del modelo de S. Pedro y S. Pablo"*, y al súbdito que sepa reconocer en el Superior. *"como presente, a Cristo"*.

En este sentido el que lea la Fórmula buscando esquemas de vida comunitaria que regulen las relaciones entre los jesuitas sacará la conclusión que la comunidad en la Compañía puede establecerse básicamente a partir de una relación de fe y confianza entre quien tiene el liderazgo apostólico y quien lo acepta voluntariamente.

2. Las Constituciones

San Ignacio, frente a la naciente Compañía de Jesús, no se plantea lo que podríamos llamar la estructuración de la vida comunitaria en cuanto tal, sino la *"unión de los ánimos"*. De hecho así aparece desde el proemio de las Constituciones cuando se insiste en que *"la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones"* es el elemento clave para *"conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús"* (Const. 134).

Establecida en ese contexto la necesidad de Constituciones, se pone como primer objetivo de su redacción (*"lo primero y que más peso tiene en nuestra intención"*) la *"unión y buen gobierno y conservación en su buen ser"* del cuerpo universal de la Compañía (C. 135). La idea de Cuerpo Apostólico, unido por el Espíritu y las Constituciones, subyace, domina, modifica y matiza cualquier idea de comunidad particular. Para S. Ignacio la comunidad en la Compañía es toda la Compañía de Jesús, y lo demás parecen concreciones de la misma.

Esta concepción ignaciana tiene como efecto una auténtica revolución en la estructura comunitaria de la vida religiosa. Frente a la tradición anterior, que mantenía el capítulo como lugar central en torno al cual se organizaba la vida comunitaria, Ignacio se da el lujo de considerar un estorbo las reuniones capitulares. En efecto, justificando el hecho de que el Propósito General sea electo de por vida, Ignacio pone como razón que de este modo *"se fatigará y distraerá menos en ayuntamientos universales la Compañía, comúnmente ocupada en cosas de importancia en el divino servicio"* (C 719). Al hablar de los casos en que debe haber Congregación General, el Fundador de la Compañía se resiste a poner tiempos determinados para la misma, e incluso recomienda al Propósito General que en cuanto sea posible libere de *"este trabajo y distracción a la Universal Compañía"* (C 677).

a) *La unión de los ánimos*

Frente a estos cambios es importante preguntarse primero sobre el significado de la *"unión de los ánimos"*, tema clave a la hora de considerar la concepción ignaciana de comunidad, y después sobre lo que S. Ignacio consideraba indispensable para lograr dicha unión.

El término ánimo, que utiliza S. Ignacio, tiene siempre referencia al espíritu personal. El Diccionario de la Lengua Española, propone dos significados utilizables de esta palabra: *"alma o espíritu en cuanto principio de la actividad humana"*, y *"valor, esfuerzo, energía"*¹. S. Ignacio, ciertamente, utiliza ambas acepciones. Sin embargo, cuando la utiliza en el sentido de valor y esfuerzo, por ejemplo, al hablar de *"grande ánimo y liberalidad"* (anotación quinta de los Ejercicios), la palabra tiene un sentido más profundo. No se trata de un simple *"valor, esfuerzo o energía"*, sino del coraje que nace de una opción fundamental. Es el mismo significado que aparece en el Quijote tras el fracaso sufrido ante los molinos de viento. Identificados con gigantes en un primer momento, y convencido de que malignos encantadores los habían convertido en molinos, D. Quijote comenta: *"Bien podrán los encantadores quitarnos la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible"*. El ánimo no es aquí un simple equivalente del valor, sino un tipo de valentía imposible de destruir por la conexión que tiene con una opción vital profundamente arraigada.

En este sentido, la unión de los ánimos en S. Ignacio no se puede traducir ni por una idealizada unión de los espíritus, ni por una simple unión de voluntades impregnadas de coraje. Se trata de una unión en aquello que es característico del espíritu: la acción comprometida con una opción fundamental. Opción fundamental que nace en Ignacio de la contemplación del Reino, de la Encarnación y de las Banderas y que se concreta en el *"más le imitar y servir"* de la tercera manera de humildad (E.E. 168). El servicio del Reino, el *"en todo amar y servir a su divina majestad"* (E.E. 233) en el campo apostólico, se convierte en la fuente de ese ánimo profundo que lleva a que los jesuitas *"no solamente ofrecerán sus personas al trabajo"* sino a que hagan también

¹ Diccionario de la Lengua Española, Real Academia, Madrid 1992.

"oblaciones de mayor estima" (E.E. 97) conducentes a una imitación radical de la vida de Jesús. La unión de los ánimos es, así, la unión de los espíritus en el seguimiento de Jesús y en el compromiso con el Reino.

En este contexto, y teniendo en cuenta que la comunidad ignaciana tiene como fundamento el apostolado y como resultado una relativa dispersión, se entienden mejor los medios que S. Ignacio establece para esa *"unión de los ánimos"* que es el fundamento de la comunidad jesuítica. Sin dicha unión no podría subsistir *"una Compañía que siempre debe estar casi con un pie alzado para discurrir de unas partes a otras, conforme a la vocación nuestra y el Instituto que en el Señor nuestro seguimos"* (Carta CLXIV a Sebastián de Morranos).

Esa unión de los jesuitas, además, *"entre sí y con su cabeza"*, se ve como un medio indispensable para *"conseguir el fin que pretende la Compañía a mayor gloria divina"* (C 655). En efecto, no se debe permitir *"entre ningunos de casa pasión o enojo alguno de unos con otros"* (C 275). Y ello *"para que con el vínculo de la fraterna caridad unidos entre sí mejor puedan, y más eficazmente, emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos"* (C 273).

b) Medios para la unión

◆ El primer medio y más importante es sin lugar a dudas la recia espiritualidad común del jesuita. La unión con Dios, la abnegación personal, que en S. Ignacio hace siempre referencia al seguimiento del Señor, y la caridad, son los referentes básicos de esta unión de los ánimos. Así como las cosas *"temporales"*, *"en las cuales suele desordenarse el amor propio"* (C 671), constituyen *"el enemigo principal"* de la unión. Es por ello por lo que S. Ignacio invita a todos, en la vida comunitaria, a procurar y desear *"dar ventaja a los otros, estimándolos en su ánimo a todos como si les fuesen Superiores"* (C 250).

◆ La obediencia jesuítica, centralizada y con apertura de la conciencia, es otro medio básico. De hecho el Superior, además de dar la misión en muchas circunstancias (no en todas), tiene como función mantener la unidad; *"porque más dependiendo los inferiores de los Superiores, se conservará mejor el amor y obediencia y unión entre*

ellos" (C 666). La cuenta de conciencia, tan ligada al gobierno de la Compañía, aunque está pensada prioritariamente para ayudar al jesuita que la da y para acertar en la misión que se le encomienda, tiene también una dimensión relacionada con la unión de los ánimos. Se instituye también para que, guardando por supuesto el secreto, *"mejor pueda el Superior ordenar y proveer lo que conviene al cuerpo universal de la Compañía"* (C 92).

◆ La selección exigente de personas, tanto en el momento de aceptar candidatos como a lo largo de la formación es otro de los medios. Las *"personas no bien mortificadas en sus vicios"* ni sufren orden ni unión (C 657). Dentro de los vicios, S. Ignacio tiende a ver la ambición como uno de los que más dividen. Al afectar directamente a los Superiores (*"es la peste de semejantes cargos"*, C 720), y al ser éstos una parte tan importante de la unión de los ánimos, la ambición se ve en la Compañía como un delito de suma gravedad, especialmente en la elección del Propósito General (C 695-696). Incluso S. Ignacio no duda en argumentar a favor de la elección vitalicia del General, aduciendo que ésta aparta los pensamientos y ocasiones de ambición. El dinero y el poder aparecen con claridad en la parte décima de las Constituciones como amenazas para la Orden. La *"pobreza es como baluarte de las religiones"* (C 816) y la ambición *"madre de todos males en cualquier comunidad"* (817).

◆ La intensa comunicación es tal vez el mecanismo más desarrollado por Ignacio para mantener la unión de los ánimos. La facilidad de comunicarse es una de las razones que mueven a Ignacio a elegir Roma como lugar de residencia del General (C 668). A los Provinciales se les aconseja residir más tiempo *"donde puedan comunicarse con los inferiores y con el Superior Prepósito"* (Ibid). La relativamente detallista regulación de la comunicación escrita (C 673-676) es una muestra más de cómo se privilegia este instrumento en la Compañía.

◆ El fomento de la claridad y confianza en la relación entre los jesuitas aparece también como medio. La fórmula de *"colateral"*, que apenas sí se usó en tiempos de S. Ignacio, y nunca en épocas posteriores, deja entrever el tipo de relación que en definitiva debe tener el Superior con sus súbditos, aunque de hecho el colateral no se le dé al Superior como súbdito. En efecto, el colateral se recomienda para

aquellos casos en los que el Superior no está *"tanto ejercitado y experimentado en semejante gobierno"*, o en el caso de que alguno de los que le acompañan no le ayudaría *"tanto en estar a obediencia... como en serle compañero"* (661). Al final ambos casos nos vienen a decir lo mismo; para gobernar bien el Superior necesita fundamentalmente compañeros, más que súbditos. Si el Superior sabe combinar bien su servicio de la autoridad con el compañerismo, de tal manera *"que los sujetos se puedan disponer a tener siempre mayor amor que temor a sus Superiores"* (C 667), el colateral no es necesario². No otro sentido tiene la exigencia de que el Superior tenga *"consigo personas de consejo... de los cuales se pueda ayudar en lo que ha de ordenar para el buen proceder de la Compañía"* (Ibid). Y en la misma dirección puede interpretarse la llamada a que el Superior realice *"alguna vez entre año... el oficio u oficios de los que sirven, algún espacio de tiempo, porque a los otros sea más agradable el tal ejercicio"* (C 276)³.

◆ Finalmente S. Ignacio recomienda *"en cuanto sea posible"*, y en cuanto lo permitan *"las cualidades diferentes de las personas y lugares"*, la *"uniformidad"* tanto de doctrina como de signos externos como la liturgia, el vestido, etc. (C 671). El criterio es que la *"diversidad no dañe a la unión de la caridad"* (C 672).

Todas estas ideas aparecen repetidas, y de algún modo resumidas de nuevo, en la parte décima de las Constituciones, al tratar de *"cómo se conservará y aumentará todo este cuerpo en su buen ser"*. La siguiente frase, aunque dirigida como criterio para el trabajo hacia fuera de la Compañía, tal vez pudiera servir, como principio de comprensión de los medios que sirven a la unión de los ánimos: Que busque la Compañía *"mantenerse siempre en el amor y caridad en todos, aun fuera de la Compañía... y que no haya ni se sienta en la Compañía parcialidad... antes un amor universal que abrace a todas partes (aunque entre sí contrarias) en el Señor nuestro"* (C 823).

2 Con su característico realismo, S. Ignacio añade a la necesidad de que el amor sea más importante que el temor la frase "aunque algunas veces aprovecha todo".

3 El subrayado es mío.

c) Dos casos concretos

Para terminar esta introducción al pensamiento jesuítico sobre la vida comunitaria, puede ser útil contemplar rápidamente los elementos que podríamos llamar comunitarios en dos casos concretos: En la figura del P. General y en las cualidades que se pide a los grupos de dos que son enviados en misión.

◆ A la hora de elegir (723 y ss.) a un Propósito General la Compañía debe buscar a una persona profundamente unida a Dios. De tal manera que sirva como puente para la unión de la Compañía con Dios y de los jesuitas entre sí. Debe ser un hombre con virtudes, en especial con *"caridad para con todos prójimos y señaladamente con la Compañía"*. Sus pasiones deben estar mortificadas, debe unir rectitud y severidad con benignidad y mansedumbre y debe tener magnanimidad y fortaleza, entre otras cosas *"para sufrir las flaquezas de muchos"*. El discernimiento es también una cualidad de clara repercusión comunitaria. Y en el resumen final se pide que *"a lo menos no falte bondad mucha y amor a la Compañía y buen juicio acompañado de buenas letras"*. Una vez más vemos cómo la dimensión comunitaria se basa en la capacidad de fomentar la unión de los ánimos desde el liderazgo espiritual, la madurez y calidad humana y el sentido de cuerpo y amor a la Compañía.

◆ En el caso en el que se envía dos jesuitas en misión (C 624) se hace primero una justificación del ir en grupo: se podrán ayudar *"en las cosas espirituales y corporales"* y podrán *"ser más fructuosos a los que son enviados"*. En otras palabras, que la misión, elemento prioritario de la Compañía, no elimina la comunidad sino que, de alguna manera, la presupone, de cara a ser, normalmente, más eficaces en la tarea a realizar desde la mutua ayuda y el testimonio.

En segundo lugar es interesante ver cómo Ignacio, que en repetidas ocasiones exhorta a la unidad de doctrina, invita a enviar juntos a jesuitas con diferentes personalidades. Un predicador, capaz de relacionarse con las masas, es bueno que vaya acompañado por un confesor, capaz de resolver los problemas individuales. Un jesuita poco experimentado debe ir con otro más avezado en nuestro modo de proceder. Un *"ferviente y animoso"* debe caminar con un *"circunspecto y recatado"*. En definitiva se busca *"que la diferencia, unida con el vínculo de la caridad"*, ayude a entrambos y no cause *"contradicción o discordia"*.

entre ellos ni los prójimos". En otras palabras, se muestra una vez más la confianza en que la unión espiritual y el amor a la misión puede convertir a al grupo en un efectivo mecanismo apostólico, y, además crear una verdadera comunidad que conviertè la diferencia en complementariedad.

La Congregación General XXXII

La CG 32 es muy explícita, en su Decreto 11, al reubicar la vida comunitaria del jesuita en la intuición ignaciana de la Unión de los Ánimos. Leer el decreto es escuchar de nuevo los términos con los que nos familiarizamos en las Constituciones. La unión con Dios, la misión, la comunicación de todos con todos, y el Superior como vínculo comunitario, son elementos constantes. A la hora de resumir el contenido del decreto se nos ofrece una fórmula sencilla de los componentes esenciales (subrayados por la misma CG) de la vida comunitaria jesuítica: *"En las orientaciones que siguen tratamos, pues, de nuestra unión con Dios en Cristo, de la que dimana la comunión fraterna entre nosotros, que se vigoriza y se hace apostólicamente eficaz por el vínculo de la obediencia"* (CG 32, 11, 5).

El elemento más novedoso es la invitación a retomar la *"discreción espiritual en común"* o discernimiento comunitario. Aunque la Congregación reconoce que las condiciones para un discernimiento comunitario no se dan con demasiada frecuencia, toda comunidad debe de tal manera incorporar a su vida el estilo de discernimiento *"que pueda, llegado el momento, buscar por este camino la voluntad de Dios"* (CG 32, 11, 23). La vida y apostolado de la comunidad se convierten en objeto de reflexión a la luz de la voluntad de Dios e impulsan así a una actitud comunitaria en la que el compartir según criterios evangélicos y apostólicos pueda ser habitual.

Es interesante también observar la creciente conciencia del impacto apostólico de la vida comunitaria. Sin unión de ánimos la misión apostólica queda debilitada y el testimonio del grupo en entredicho (CG 32, 11, 34). Podemos asumir que el paso del tiempo y una cierta influencia monástica había convertido a muchas de nuestras comunidades, especialmente las muy numerosas, en lugares donde se favorecía el florecimiento de virtudes individuales. Frente a ello, la CG 32 vuelve a poner ante los ojos el

concepto ignaciano de comunidad que une sus ánimos en torno a la mayor gloria de Dios, a la misión que la concreta y al dinamismo apostólico que se vivifica en la búsqueda, la comunión y la respuesta a los desafíos del entorno. Es esa unión de ánimos en un solo "*ánimo*" apostólico la que crea el Cuerpo de la Compañía.

Consciente de la importancia apostólica de la vida comunitaria la Congregación baja incluso al terreno de las normas prácticas, recogidas muchas de ellas en las actuales Normas Complementarias. Tratando de resumir sugerencias y normas, podríamos establecer tres líneas prioritarias que engloban el conjunto de las recomendaciones y que curiosamente están ubicadas en el decreto en numerales seguidos.

Lo primero es que toda comunidad debe tener un "*proyecto de vida comunitaria que habrá de ser aprobado por el Superior Mayor y sometido periódicamente a revisión*" (CG 32, 11, 47). En este proyecto deben englobarse los aspectos más espirituales que mantienen a la comunidad unida con Dios y entre sí y que la definen como una comunidad de fe, con su organización interna y su solidaridad hacia fuera.

En segundo lugar la comunidad debe construirse sobre un espíritu permanente de discernimiento en el que, bajo la dirección del Superior se examinará "*si sus formas de vida favorecen lo bastante a la misión apostólica y a la hospitalidad, y si dan ellas mismas testimonio de sencillez, de justicia y de pobreza*" (Ibíd, 48).

Y finalmente , el tercer elemento es la dedicación de "*tiempo y energías a construir la vida comunitaria*" (Ibíd, 49). Si no hay un compromiso personal de dedicar determinados espacios y momentos a la vida comunitaria, ésta no solo no surgirá, sino que quedará imposibilitada de dar el testimonio de caridad que es ya parte de su misión apostólica.

La Congregación General XXXIV

1. Los decretos

Como decíamos al principio, la CG 34 no emitió un decreto propio sobre vida comunitaria, pero a lo largo de sus documentos

contemplamos una serie de pistas que se pueden unir fructíferamente al esquema integrador de la CG 32 que acabamos de ver. Incluso en el decreto de Introducción de la CG 34 se hace referencia a los "*numerosos postulados*" que solicitaban orientación sobre la vida comunitaria, y prácticamente se anima a retomar de nuevo el decreto 11 de la CG 32 (CG 34, 1, 10). Y es este mismo decreto introductorio el que recoge ya algunas sugerencias de cómo vivir la vida comunitaria en la Compañía en sus dimensiones de testimonio evangélico, instrumento apostólico, centro de discernimiento y símbolo de acogida y hospitalidad (Ibíd, 11).

En nuestro recorrido por los Decretos haremos una pequeña división. Nos centraremos primero en el Decreto 9, sobre nuestra Pobreza, que la Congregación vincula intensamente a la vida comunitaria, y analizaremos después toda otra serie de aportaciones que tienden a presentar la comunidad jesuítica como una comunidad abierta y comprometida con la realidad que la rodea. Algunas otras referencias a nuestra realidad de comunidad de oración (por ejemplo CG 34, 8, 21) y otros temas los pasaremos por alto por ser realmente muy breves y por estar recogidos con mayor amplitud en el pensamiento general de la Compañía y en las Normas Complementarias.

a) Pobreza y comunidad

En el decreto sobre la Pobreza (CG 34, 9) aparece de un modo más estructurado la preocupación por la vida comunitaria en la Compañía. El decreto responde en este punto a la inquietud de que nuestras comunidades no dan ante el mundo, en su mayoría, el debido testimonio de pobreza. Coherente con Ignacio, que veía la riqueza y el poder como los principales enemigos de la unión de los ánimos, la CG 34 recuerda que el "*predicar en pobreza*" era parte distintiva de la misión de los primeros compañeros. Desde ahí la Congregación afirma que "*en la autenticidad de nuestra pobreza nos jugamos nuestro ser o no jesuitas y la visibilidad de nuestro seguimiento de Cristo pobre y humilde*" (ibíd, 3). Y por si quedaran dudas sobre la referencia comunitaria de esta afirmación, se nos dice: "*Con nuestra pobreza manifestamos también que, como personas y como cuerpo, nos sentimos mínima Compañía*" (ibíd, 6).

Concretando el estilo de la vida en pobreza, la CG 34 insiste en que el estilo de vida, *"personal y comunitario, ha de ser sencillo, hospitalario y abierto"*, y que desde esa opción debemos luchar contra el hecho de que en ocasiones *"nuestro tenor de vida se aleja del que viven la familias modestas del lugar"*. En la pobreza comunitaria no solo se pone en juego el testimonio, sino otros valores que dan a la comunidad gran parte de su sentido: *"La vivencia comunitaria de una pobreza compartida es fuente de gozo y, a su vez, la unidad de corazones se robustece por la misma comunidad de bienes"* (ibid, 8). Si en este contexto retomamos el tema de la unión de los ánimos, veremos que no es exagerada la afirmación de que en la pobreza comunitaria se juega algo esencial para la Compañía.

Por todo ello, este decreto recomienda *"que la comunidad haga un proyecto comunitario que refleje sus aspiraciones a vivir de forma sencilla y solidaria y sea periódica y fácilmente evaluable"* (ibid, 12). El tema del proyecto de vida comunitario de la 32 se retoma ahora desde el compromiso de una pobreza testimonial y renovadora de la solidaridad interna y externa de la comunidad.

Esta relación entre vida comunitaria y pobreza aparece en otras ocasiones, con mayor brevedad, en otros lugares de la CG 34. En el Decreto 2, *"Servidores de la misión de Cristo"*, se cita en dos ocasiones, con una ligera variación, el tema ya antiguo, retomado de la CG 32, de la comunidad jesuítica como *"comunidad de amigos en el Señor"*. En la primera (CG 34, 2, 1) se caracteriza a dicha comunidad como un grupo que se apoya mutuamente *"con la libertad que proporciona el amor cristiano"*, y como grupo profundamente *"afectado"* (en el sentido ignaciano) *"por la muerte de los mártires jesuitas de este período"*. En la segunda (ibid, 9) se añade: *"Ser amigos del Señor significa, pues, ser amigos de los pobres; no podemos volvernos de lado cuando nuestros amigos están en necesidad. Somos una comunidad en solidaridad con los pobres precisamente por el amor preferencial que Cristo les tiene"*.

b) Amigos en el Señor abiertos al mundo

A este respecto puede ser iluminador el reflexionar sobre el tema de las *"comunidades de solidaridad"* que la Congregación incorpora a partir del decreto 3, *"Nuestra misión y la justicia"*. Aunque la Compañía se compromete a trabajar en la difusión de este tipo de comunidades y

en solidaridad con ellas, en ningún momento se establece el puente entre las mismas y la comunidad jesuítica. Sin embargo, si aceptamos como definición de las comunidades de solidaridad la definición amplia de la que se hablaba en la Comisión de Justicia, veremos que hay una relación honda entre el concepto de comunidad jesuítica ligada a la pobreza que la Congregación propone y este tipo de comunidad cuya promoción responde al criterio del *"mayor fruto"* en la Compañía actual (CG 34, 3, 22). En efecto, en la Comisión de Justicia se definía a las comunidades de solidaridad como aquel tipo de grupo social que construía su vivencia y estructura comunitaria en torno a valores de solidaridad vividos tanto hacia dentro del grupo como hacia el entorno social. Definición amplia que podía englobar desde ciertas ONG's del Primer Mundo hasta las comunidades campesinas o indígenas que luchan unidas por sus derechos en cualquier región apartada del Tercer Mundo. La comunidad en pobreza que propone la CG 34, no sería a mi juicio, más que una propuesta coherente de comunidad de solidaridad desde la especificidad cristiana e ignaciana que nos caracteriza. Si *"la plena liberación humana, para el pobre y para todos nosotros, se basa en el desarrollo de comunidades de solidaridad tanto de rango popular y no gubernamental como de nivel político, donde todos podamos colaborar en orden a conseguir un desarrollo plenamente humano"* (CG 34, 3, 10), y si *"la fe que mira al Reino engendra comunidades -entre las que se encontraría la Compañía- que contrarrestan el enfrentamiento y la desintegración social"* (CG 34, 2, 13), es evidente que hay una relación entre nuestro modo de ser comunitario y lo que estamos proponiendo para las comunidades de solidaridad.

Otro elemento relativamente novedoso que se añade a la búsqueda de un estilo comunitario jesuítico es el tema de la amistad. En el Decreto sobre la castidad no se duda en afirmar que *"el proceso de la maduración afectiva del jesuita se realiza en el ámbito de sus relaciones humanas"* (CG 34, 8, 31). Concretando todavía más, el siguiente numeral dice que *"amistades maduras con otros jesuitas y con mujeres y hombres de fuera de la Compañía, y la capacidad de colaborar con otros en pie de igualdad son índices de madurez afectiva"* (Ibid, 32). Aunque estas afirmaciones no tienen un contenido estrictamente comunitario, sí implican que en la comunidad se deben dar las posibilidades para relaciones hondamente humanas, tanto hacia

adentro como hacia afuera. El aprecio a la relaciones de amistad fuera de la Compañía, hace pensar en una comunidad en la que sus miembros comparten los tiempos dedicados a la misma con tiempos dedicados a sus amistades de fuera. Y por supuesto refuerzan la idea de hospitalidad que con tanta frecuencia se repite al hablar de la comunidad jesuítica y que, si fuéramos coherentes con los textos, debería convertirse en uno de nuestros rasgos comunitarios distintivos.

En esta misma línea de pensamiento, que abre a la comunidad jesuítica hacia el exterior, habría que señalar el paralelismo que la Congregación establece entre vida comunitaria y comunidad ciudadana. Ignacio *"tenía preferencia por las grandes ciudades porque veía en ellas el lugar donde se fraguaba la transformación de la comunidad humana y quería que sus hombres estuvieran comprometidos en este proceso"* (CG 34, 4, 26). Compromiso que la Compañía solo puede realizar desde una estructura comunitaria abierta que sea al mismo tiempo anuncio de un estilo de relaciones fraternas e instrumento de trabajo para conseguir "nuestro objetivo", que es, en este campo, *"el intento confuso pero ineludible de cooperar en el alumbramiento de una comunidad feliz"* que se acerque a la nueva Jerusalén del Apocalipsis (Ibíd.).

Las Normas Complementarias

1. La comunidad

Antes de entrar en el tema de la comunidad valga advertir que las normas en la Compañía son con frecuencia inspirativas. Tal vez al hablar de la comunidad esperaríamos que las NC normaran la vida comunitaria. Sin embargo, muchos de sus apartados son o inspirativos o simplemente orientativos, aunque también veamos, en algunos momentos, elementos claramente normativos. El carácter inspirativo de muchas normas no hay que confundirlo con la indecisión o el deseo de mantenerse en la confusión, sino como el reto a la libertad creativa, que busca en el discernimiento la mejor construcción de una comunidad que es, al mismo tiempo, instrumento apostólico.

Siguiendo el esquema de las Constituciones, las Normas Complementarias hablan de la comunidad en la Octava parte y bajo el título genérico *"Del fomento de la unión en la Compañía"*. Al igual que

las Constituciones el punto de partida es la unión de los ánimos, pero añade un capítulo específico dedicado a la vida comunitaria. De nuevo se insiste más en la unidad que en la comunidad (NC 312) y se repite la definición general de *"comunidad de amigos en el Señor que, como él, han deseado ser recibidos bajo la bandera de Cristo Rey"* (NC 311). Se intenta también ofrecer una concretización de *"la interior ley de la caridad"* para nuestro tiempo al traducirla, de alguna manera, como *"la actitud mental y afectiva con que nos estimemos y aceptemos mutuamente como hermanos y amigos en el Señor"* (NC 313, 2).

Ya entrando al tema explícito de la *"vida de comunidad"* se nos ofrece una definición de la comunidad en la Compañía. *"Nacida de la voluntad del Padre, que nos congrega en un cuerpo, consiste⁴ en la colaboración activa y personal de todos los miembros para cumplir la voluntad divina, en orden a una vida apostólica muy diversificada"* (NC 314, 1). *La comunidad particular, en este contexto, queda como "expresión concreta... de esa fraternidad extendida por el mundo"* (Ibíd, 2).

Siguiendo un estilo muy ignaciano de sintetizar elementos complementarios o en algunos casos muy diferentes (abrazar los contrarios) se nos describe a esta comunidad local en la tensión entre dispersión y *"koinonía"*. Profunda disponibilidad y apertura a lo universal, con gran capacidad de encarnación en una comunidad concreta en la que se comparte vida, bienes y discernimiento, teniendo como vínculo espiritual la Eucaristía y como signo material de unión el Superior.

Como la dispersión no es sólo geográfica, sino con frecuencia ideológica, moviéndonos en ocasiones en *"situaciones y estructuras ajenas a la fe"*, las NC proponen el criterio que podríamos traducir como a mayor dispersión, mayor unión a una comunidad local que refuerce la identidad religiosa y una con el cuerpo de la Compañía en general. Esto es interesante, junto con lo anterior, porque rompe (al menos en teoría) cualquier tendencia de la comunidad a mirar prioritariamente sus propios intereses, y la abre a la universalidad apostólica que caracteriza

4 El subrayado es mío. La palabra consiste implica una definición de vida comunitaria.

a la Compañía. En este contexto tal vez haya que ubicar la recomendación de que nuestras comunidades sean mixtas, participando en ellas Sacerdotes, Hermanos y Escolares, dando incluso en este terreno un énfasis especial a la participación activa del Hermano en la comunidad (NC 326, 1-4).

Los elementos que deben entrecruzar este tipo de comunidad serían: Información (transparencia), consulta, participación, delegación, colaboración, universalismo, austeridad y proyecto de vida comunitaria (NC 319).

2. El proyecto comunitario

Así como muchas de las Normas Complementarias sobre la comunidad se pueden leer como recomendaciones, el proyecto de vida comunitaria aparece como algo normativo: *"elabórese"* (NC 324, 2). La finalidad de este proyecto es *"construir una comunidad apostólica ignaciana en la que puedan vivirse las múltiples formas de una confiada y amigable comunicación espiritual"* (Ibíd. 1). Aunque en el proyecto comunitario solo se pide explícitamente que se programen momentos de oración y comunicación espiritual (Ibíd. 3), es evidente que el conjunto de las Normas Complementarias dan suficientes elementos para elaborar un proyecto concreto, dentro de la creatividad y la adaptación a culturas y lugares.

El proyecto de vida comunitaria, nos dicen las NC, debe elaborarse *"bajo la dirección del Superior"* y *"habrá de ser aprobado por el Provincial y periódicamente sometido a revisión"* (324, 2). Por supuesto cada proyecto tendrá sus propias características y sus propios modos de ser elaborado, dependiendo de la *"misión propia"* de cada comunidad y de su *"madura deliberación"*. Sin embargo, por si puede ser útil, proponemos una serie de áreas, construidas sobre sugerencias y mandatos de las NC, que podrían contemplarse a la hora de pensar y optar por cada proyecto en particular. El agrupar en áreas las indicaciones de las NC puede ayudar a una reflexión y discusión comunitaria de los elementos principales que se quieran consignar en el proyecto.

◆ **Área de Comunicación Espiritual.** Se deberían establecer tiempos de comunicación espiritual, que pueden ir desde algunos más

frecuentes a otros más espaciados o incluso anuales. Momentos de oración comunitaria, la Eucaristía, retiros y los Ejercicios Espirituales, deberían programarse de tal manera que tuvieran repercusión en la comunicación espiritual de la comunidad. Incluso en comunidades muy apostólicas y diversificadas, con lo que ello implica de dispersión, podría programarse el tiempo de modo que al menos una vez al mes se tuviera una Eucaristía común. Además de estos momentos de comunicación espiritual se puede buscar la manera de hacer comunitariamente discernimiento apostólico o comunitario, a partir de los elementos y preocupaciones que vayan surgiendo en la comunicación de unos con otros.

◆ **Área Apostólica.** En ella se planificaría la información, coordinación y colaboración apostólica entre los que componen una misma comunidad. También se deberían diseñar mecanismos de ayuda mutua en la formación permanente y contactos con aquellas personas o instituciones no jesuíticas que pudieran potenciar la capacidad apostólica de la comunidad o la información sobre los retos de la realidad.

◆ **Área Testimonial.** El proyecto de vida en pobreza que pide el decreto correspondiente debería ir integrado en esta parte. También en ella debe planificarse el presupuesto, teniendo en cuenta tanto la austeridad comunitaria como la solidaridad con la Provincia y con los empobrecidos del entorno. La hospitalidad, el trabajo doméstico, las responsabilidades de servicio al interior de la comunidad, deben planificarse también en este apartado.

◆ **Área de Integración Fraternal.** En ella se planificaría el descanso, la relación con otras comunidades (si ello es posible), la organización de espacios físicos o temporales que garanticen la intimidad de la comunidad, el cuidado de la salud física y psicológica, etc.

Reflexión Final

La vida comunitaria en la Compañía entró en crisis tras el Concilio Vaticano II. Con el modelo de la gran comunidad, anterior al Concilio, la Compañía había optado por un esquema comunitario cercano al monástico, construido sobre regulaciones, horarios, verticalismo de la autoridad, separación de clases (Padres, Hermanos, Escolares),

clausura, etc. La ruptura de este esquema es, en muchos aspectos, fruto de una revitalización de la Compañía y de un retorno a su dimensión comunitaria original. Sin embargo, las tensiones que sufrió la Iglesia en el posconcilio afectaron también a la Compañía en un momento comunitario importante: Los nuevos modelos de comunidad no estaban aún suficientemente arraigados entre nosotros cuando una serie de divisiones golpeó la unión de los ánimos. Ello produjo una inestabilidad que se trató de recomponer en base a una insistencia en estructuras de convivencia que corrían de nuevo el peligro de olvidar los orígenes de nuestra comunidad como grupo llamado a la generosa dispersión apostólica.

Hoy, la rica documentación de la Compañía (incluida la CG 32) nos ofrece la posibilidad de combinar, a través de los proyectos comunitarios, la creatividad de la unión de los ánimos con sanas estructuraciones de nuestras comunidades orientadas a nuestros fines apostólicos. La palabra la tenemos nosotros.

